



Documento de Reflexión no Derivado de Investigación

La escritura como función de poder

Juan Felipe Gómez Montoya¹

● Resumen

El presente texto tiene el interés de abordar un punto medular de la problemática que Michel Foucault expone en su conferencia² titulada “¿Qué es un autor?”. La problemática está atravesada por el principio ético de la escritura contemporánea: “¿Qué importa quien habla?”³. Antes de asumir este principio ético, es fundamental tener en cuenta que su problemática tiene una perspectiva marcada por el análisis histórico de los discursos. De lo contrario, se puede malinterpretar lo que Foucault intenta esbozar en su conferencia.

Palabras clave: Individuación, escritura, creación, discurso y transgresión.

¹ Juan Felipe Gómez Montoya. Estudiante de Filosofía del octavo nivel de la Universidad de Antioquia.

² Esta conferencia se realizó el 22 de febrero de 1969, en la Sociedad Francesa de Filosofía.

³ Foucault toma dicha formulación de Beckett, para otorgarle una validez práctica a la escritura contemporánea.

Correspondencia: Juan Felipe Gómez Montoya. e-mail: fmontoya311@gmail.com



Writing as a power function

● Abstract

This text approaches a central point in the problem proposed by Michel Foucault in his lecture “¿What is an author?” The problem is touched by the ethical principle of contemporary writing: “¿Does it matter who speaks?” Before assuming this ethical principle, it is necessary to keep in mind that the problem has a perspective marked by the historical analysis of speeches. Otherwise, what Foucault tries to say in his lecture can be misunderstood.

Key words: Individuation, writing, creation, speech, transgression.

A escritura como função de poder

● Resumo

O presente texto tem o interesse de abordar um ponto medular da problemática que Michel Foucault expõe em sua conferência titulada “¿O Que é um autor?”. A problemática está atravessada pelo princípio ético da escritura contemporânea: “¿Que importa quem fala?”. Antes de assumir este princípio ético, é fundamental ter em conta que sua problemática tem uma perspectiva marcada pela análise histórica dos discursos. Caso contrário, pode-se mal interpretar o que Foucault tenta esboçar em sua conferência.

Palavras importantes: Individualização, escritura, criação, transgressão.

● Introducción

Según la escritura contemporánea, el rasgo principal del autor es su ‘muerte’. Cuando el autor ‘muere’, entonces emerge su individuación para transgredir la historia de los discursos, de los conocimientos. Dicho de otro modo, la desaparición de la individualidad del autor genera una presencia simbólica del mismo, a saber: su individuación escenificada por la escritura. Y cuando esta se convierte en un acto y en una práctica discursiva, entonces se instala en el campo de la historia de los conocimientos como un punto de referencia activo y constante. Por ello es que a la escritura contemporánea no le importa si el autor ‘habla’, pues el hecho principal se centra en que este modo de ser del sujeto transgreda aquella historia con su acto de escribir.

El problema que plantea Foucault tiene como base lo siguiente: a la ética de la escritura contemporánea no le interesan los ‘caracteres individuales’ ni la obra en sí de un sujeto escritor, es decir, no le importa el cuerpo del autor ni su escritura como tal. Solo le importa la función que cumpla la escritura en aquel sujeto y el cómo el espíritu del mismo sujeto (su individuación) opera en la puesta en marcha de la empresa discursiva, lo cual indica que el autor, al ser un modo de existencia del sujeto, tiene por estatuto ser el lugar de la escritura y la pieza clave para generar una ruptura en la historia de los conocimientos.

Ahora bien, esa propuesta foucaultiana suscita una problemática muy seductora, que se deriva del principio ético de la escritura contemporánea, es decir, del acontecimiento de la ‘muerte’ del autor. Pues no es claro, primero, cómo algo sin representación, sin cuerpo e individualidad está en capacidad de instaurar un discurso en la historia de los conocimientos; segundo, cómo esa ausencia del autor, a través de la práctica discursiva y transgresora personificada por la escritura, puede promover una ruptura de dicha historia; y por último, si la noción de escritura se toma como

componente necesario para hacer funcionar la empresa discursiva, entonces cuál es la otra parte que le falta a dicha empresa para completarse.

Los tres cuestionamientos anteriores, que ponen en tela de juicio el principio ético de la escritura contemporánea, sirven de base para iniciar el esclarecimiento del camino, que lleva al encuentro de la solución de dichas inquietudes. Para ello, hay que fijar la mirada en la siguiente hipótesis: el poder, al ser la otra pieza faltante del engranaje de la empresa discursiva, tiene como fundamento primordial hacer funcionar y transformar la 'maquinaria' del autor como un instaurador de discursividad en el campo de la historia de los conocimientos.

Esa hipótesis permite inferir que es necesario ir más allá de la mera noción de escritura y de autor para hallar los elementos principales, que hacen funcionar aquella empresa discursiva referida al autor. Si se logra ubicar, exponer y relacionar tales elementos, entonces se comprenderá en mayor medida la propuesta de Foucault, esto es: el autor es un modo de ser del sujeto. Este es un modo de ser del discurso. El discurso es un acto que se dispersa y se despliega dinámica y perentoriamente por toda la cultura hasta atrapar su modo de existencia en las palabras dichas o escritas. El valor expresivo de las palabras no radica en lo meramente enunciado o representado por ellas; más bien se establece entre el nexo y la separación de su contenido: la presencia y la ausencia, lo explícito y lo implícito. En ese espacio del 'entre', es precisamente donde el autor se instala con la función de su palabra escrita. De hecho, el autor, al encarnar aquel acto del discurso y aquel valor expresivo de las palabras, se convierte en un acontecimiento que pervive en el tiempo en virtud de su escritura. Así, pues, esta, en términos contemporáneos, domina la teoría como práctica.

Para el desarrollo de aquella hipótesis, hay que profundizar en las siguientes tres parejas conceptuales: primera, 'representación e

individuación': en la problemática de la escritura contemporánea que plantea Foucault, la noción de representación es la antesala fundamental de la concepción teórica de individuación, pues aquella surge cuando se olvida la individuación, a saber, el espíritu del autor. Esto significa que la representación contiene los 'caracteres individuales', los rasgos del autor y reproduce las imágenes del autor hasta opacar la función y la acción de este; y la individuación es la acción de un sujeto que tiene la necesidad de producir 'algo'. Este algo es la creación: lo que lo determina en su especie, lo singulariza en su cultura, lo destina a su sociedad y lo instala en la historia de los pensamientos.

Segunda, 'espíritu y escritura': Foucault acentúa en el cómo la individuación clasifica los intercambios de ideas entre las distintas áreas del saber. La individuación, vale decir la acción del espíritu humano, contiene la fuerza viva. Esta fuerza se encuentra denominada por autores como Descartes, Hegel, Nietzsche, Benjamin, Lacan, Derrida y el propio Foucault, entre otros. En todos ellos, la actividad del espíritu está puesta del lado de la consciencia, del pensamiento, del lenguaje, pero, más aún, del lado de la creación, pues, la fuerza del espíritu humano es la que realiza el acto de nombrar y de engendrar el sentido propio de las palabras. En efecto, el espíritu impulsa y renueva activamente la producción del mundo de los lenguajes, de los discursos, de las ideas. Esto es lo propio de un espíritu, de una 'fuerza creadora', ya que esta, en su acción, reflexión y expresión, clasifica las relaciones teóricas para instaurar un discurso dentro del mundo de los conocimientos. Ahora bien, la acción del espíritu (la individuación) no representa, sino que se representa en la escritura, pues aquella acción pertenece a la teoría. Por tanto, cuando la acción de esta, por medio de la escritura, transgrede el campo social hasta generarle huellas indelebles, entonces aparece lo que se denomina discurso.

Y por última, 'discurso y poder': la individuación



como 'fuerza creadora' y la escritura como práctica teórica son propias del autor como 'instaurador de discursividad'. Así, pues, el autor, a través de la escritura, transgrede y domina con su 'fuerza creadora' la historia de los discursos. Aquí, está presente la función de poder como 'fuerza transgresora' y como enlace entre la individuación del autor y la escritura como práctica teórica. En efecto, la función de poder es lo que hace falta para terminar de completar y, a su vez, concederle la totalidad de dinamismo a la noción de escritura. En conclusión, ese poder del autor discurre por toda 'la malla de la sociedad', esto es, se despliega por todo el campo exterior hasta tejer múltiples necesidades teóricas y prácticas, para luego ordenar el mundo de los pensamientos.

La escritura como función de poder

El análisis histórico de los discursos, que formula Michel Foucault en su conferencia titulada: "¿Qué es un autor?", pone en evidencia una problemática propia de la escritura contemporánea, la cual se instala en el principio ético: "¿Qué importa quien habla?". En este principio ético, los 'caracteres individuales' del autor y la obra en sí de un sujeto escritor no están en juego, sino la función autor en tanto 'creadora' y 'transgresora'. Así, pues, a la escritura contemporánea solo le importa la función que cumpla la escritura en aquel sujeto y el cómo el espíritu del mismo sujeto opera en la puesta en marcha de la empresa discursiva.

"La función autor es, entonces, característica del modo de existencia, de circulación y de funcionamiento de ciertos discursos en el interior de una sociedad" (Foucault, 1969, p. 61). Esa función posee cuatro rasgos: el primero es la apropiación. Este rasgo apunta a la propiedad intelectual y a los derechos que el autor tiene sobre sus textos, de lo cual dicho sujeto no se hace responsable, pues el castigo recae sobre el acto de escribir. El segundo es la atribución y está relacionado con el hecho de que los libros deben llevar la firma

del autor, para adquirir fiabilidad, garantía y valor. Tercero: la función autor no es espontánea, pues es el efecto de una multiplicidad de operaciones complejas que configuran el autor como un 'ser de razón' y lo ubican en el escenario de los discursos como un 'sujeto creador'. Y por último, aquella función no es simplemente una 'reconstrucción' que se inicia con la aprehensión y recolección de los signos lingüísticos utilizados por un autor en sus textos, ya que autor y texto se hallan divididos, cada uno va por caminos diferentes, es decir, entre ambos no hay una identidad exacta.

La función autor permite definir la escritura como la práctica discursiva que instaura un pensamiento, una idea, un conocimiento en un lugar o una época localizada, es decir, el acto de escribir debe ejercer una ruptura en la historia de los discursos. Esto indica que el autor, al ser un modo de existencia del sujeto, tiene por estatuto, ser el lugar de la escritura. Así, pues, "en la escritura no se trata de la manifestación o de la exaltación del gesto de escribir; no se trata de la sujeción de un sujeto a un lenguaje; se trata de la apertura de un espacio en donde el sujeto escritor no deja de desaparecer" (Foucault, 1969, p. P. 55).

Si el autor no desaparece, entonces él es una entidad dinámica que ocurre en la historia de los discursos, las culturas, los conocimientos; es una constelación o un conjunto de presupuestos teóricos que subsume múltiples nociones activas y constantes; es un momento, vale decir, una huella indeleble, que se sostiene con su obra en cada una de las evoluciones humanas, lo cual posibilita la constitución de nuevas obras, otros discursos, y abre el espacio a otros saberes distintos al suyo.

El autor pervive en el tiempo en virtud de su escritura. Sin embargo, él se convierte en la pieza clave para la empresa discursiva contemporánea en el momento en que la creación de su obra lo lleva a obtener un rasgo singular: su muerte. Por tanto, "la obra que tenía el deber de traer la inmortalidad recibe ahora el derecho de matar, de

ser asesina de su autor” (Foucault, 1969, p. 55).

La muerte del autor es un acontecimiento que posee el atributo de ser constitutivo y complementario del acto de instauración de un discurso. Esto significa que la ausencia del autor hace aparecer el discurso de este en la historia de los conocimientos. Por esto es que a la escritura contemporánea no le importa si el autor ‘habla’, pues el hecho principal se centra en que este modo de ser del sujeto transgreda aquella historia con su acto de escribir.

Ahora bien, cabe preguntar: ¿es suficiente distinguir las nociones de escritura, autor y muerte del autor para validar la función autor como ‘instaurador de discursividad’ en la historia de los conocimientos? Si esas nociones no son suficientes, entonces: ¿cuál es el elemento fundamental que hace funcionar y transformar la ‘maquinaria’ del autor como un instaurador de discurso en el campo de la historia? Pues bien, la pieza clave es precisamente la escritura. Sin embargo, ella en sí es necesaria, mas no suficiente, para hacer funcionar la empresa discursiva. Lo que hace falta para terminar de completar y, a su vez, de concederle la totalidad de dinamismo a la noción de escritura nos lo enseña el principio ético de la escritura contemporánea, a saber, esta domina la teoría como práctica. Y donde prevalece el dominio es porque existe un matiz del poder. Por tanto, la escritura, al ser una práctica teórica y discursiva, se puede resolver como una función de poder. Así, pues, el acto de escribir debe tener una función de poder para que transgreda el modo de ser de los discursos. De lo contrario, es difícil pensar que un autor sin esa ‘fuerza transgresora’, sin esa función de poder genere una ruptura en la historia de los discursos.

¿Y cómo se pasa de la noción de escritura al tema del poder? Para responder este cuestionamiento, es necesario hacer un recorrido que permita establecer las relaciones entre ambas concepciones: escritura y poder. Para esto, en

su respectivo orden, hay que abordar y articular las siguientes parejas conceptuales: primera, ‘representación e individuación’; segunda: ‘espíritu y escritura’; y por última, ‘discurso y poder’.

Representación e individuación

La noción de representación está atravesada por la perspectiva estética contemporánea. Dicha perspectiva ha modificado la función autor, pues esta, a través de la transposición⁴, se ha opacado, recubierto hasta el punto de sustituirse por los ‘caracteres individuales’ del autor. En un orden estético, la noción de representación está referida a la relación del ánimo, de la sensibilidad con la consciencia, pues “[...] solo tengo consciencia inmediata de lo que está en mí, es decir, de mi representación de las cosas externas” (Kant, *Crítica de la razón pura*: B XL). En efecto, la sensibilidad es la capacidad de percibir las representaciones que se originan en el momento en que los objetos exteriores afectan la consciencia que percibe.

Sin embargo, la propuesta de Foucault radica en que se debe analizar el orden sucesivo de las representaciones, es decir, “[...] estudiar el funcionamiento representativo de las palabras, en relación unas con otras [...] y la manera en que las palabras designan lo que dicen [...]” (Foucault, 1968, p. 97). Así, pues, la representación no se define desde el campo del ‘ver’, desde lo superficial, la imagen, lo aparente, sino desde la articulación y la unidad de los sonidos, esto es, desde el ‘oír interior’. Ahí, en el ‘oír’⁵, está precisamente el campo propio de la realidad del lenguaje, donde este se presenta en su forma natural: ‘irreflexionado’ y ‘espontáneo’.

4 Este proceso puede asumirse en un sentido similar a como lo formula Nietzsche en su texto *Introducción teórica sobre la verdad y la mentira en el sentido extramoral*: “El creador del lenguaje se limita a denominar las relaciones de las cosas para con los hombres y para expresarlas acude a las metáforas más audaces. Primero transponer una excitación nerviosa a una imagen: primera metáfora. Nueva transformación de la imagen en un sonido articulado: segunda metáfora” (2000: 89).

5 Escúchese el sonido que tiene un espíritu cuando habla: todo espíritu tiene su sonido, ama su sonido” (Nietzsche, 1984: 127).



Por su parte, la individuación del autor no es espontánea, lo cual se asemeja al tercer rasgo de la función autor. Este tercer rasgo apunta al efecto, pues “es el resultado de una operación compleja que construye un cierto ser de razón que se llama autor” (Foucault, 1969, p. 63). En cambio, la individuación se establece en el campo de la acción libre del autor. La acción implica una causa motriz, pues ella radica en la necesidad de producir ‘algo’, tal y como “[...] la araña urde su tela” (Nietzsche, 2000, p. 96). Esa acción es precisamente la que le permite al autor obtener el rótulo de ‘ser originario’ y, por tanto, lo sitúa en la historia de los discursos como un ‘sujeto creador’. “Sin duda, se intenta darle un estatuto realista a este ser de razón: sería en el individuo una instancia ‘profunda’, un poder ‘creador’, un ‘proyecto’, el lugar originario de la escritura” (Foucault, 1969, p. 63).

Espíritu y escritura

La individuación se refleja en la acción del espíritu. Este es la ‘fuerza’⁶ que actúa constantemente. Esa fuerza es la que ordena las relaciones discursivas, clasifica las áreas del saber y nombra⁷ el mundo de las cosas. Por tanto, el espíritu es la ‘fuerza creadora’ del hombre. “[...] La creación siempre se produce sobre una línea de fuga, y no porque se fantasee o se sueñe, sino al contrario, porque uno traza sobre ella algo real y construye un plano de consistencia” (Deleuze, 1997, p. 154).

En efecto, el espíritu del hombre, a partir de la línea de fuga o de ruptura, impulsa y renueva activamente la producción del mundo de los lenguajes, de los discursos, de las ideas. Así, pues, “[...] es la acción

de nuestro espíritu la que continúa esa creación renovándola siempre. Y no podemos volvernos hacia esa acción sino dejándonos empujar cada vez más adelante por ella” (Lacan, 2002, p. 261).

“Pero el espíritu, al mismo tiempo que se remonta sobre su forma natural, pasa también de su moralidad real y de la fuerza de la vida a la reflexión y a la comprensión” (Hegel, 2002, p. 53). Aquí está el trabajo del pensamiento, pues su acción, al estar mediada por la reflexión, es acción de teoría.

Según Derrida, “Heidegger recuerda que el trabajo del pensamiento es un trabajo de mano⁸, una *Handlung*, una «acción», ante cualquier oposición entre práctica y teoría. El pensamiento sería en ese sentido una *Handlung*, una maniobra, una «manera» [...]” (1999), un ‘modo de expresión’. Así, pues, “desde que conozco mejor el cuerpo -dijo Zaratustra a uno de sus discípulos- el espíritu no es ya para mí más que un modo de expresarse [...]” (Nietzsche, 1978, p.188). Pues bien, el espíritu se expresa, vale decir habla⁹ en la operación sucesiva del pensamiento, esto es, se comunica¹⁰ en las relaciones del ‘uno’ a ‘uno’ de las unidades propias del lenguaje¹¹: el signo verbal, es decir, la palabra¹².

Ahora bien, la palabra escrita es la que encarna la acción de teoría. Y su valor expresivo se establece entre el nexo y la separación de lo dicho y lo callado del texto. Dentro de este, la ausencia se

8 Toda obra de la mano descansa en el pensar” (Heidegger, 2008: 79).

9 No es en vano que Foucault aluda a Destutt de Tracy para afirmar que “[...] por los mismos procesos por los que se aprende a hablar se descubren los principios del sistema del mundo o el de las operaciones del espíritu humano, es decir, todo aquello que de sublime hay en nuestros conocimientos” (1968: 91-92).

10 “¿Qué comunica la lengua? La lengua comunica la esencia espiritual que le corresponde. Es fundamental saber que esta esencia espiritual se comunica en la lengua y no a través de la lengua” (Benjamin, 1967: 90).

11 “[...] El lenguaje es el análisis del pensamiento: no un simple recorte, sino la profunda instauración del orden en el espacio” (Foucault, 1968: 88).

12 Para Nietzsche: “La palabra es la reproducción sonora de una excitación nerviosa” (2000: 89).

6 “La fuerza es lo otro que el lenguaje sin lo que éste no sería lo que es” (Derrida, 1989. p. 42).

7 Para Lacan, contrario a Goethe, el verbo fue el que dio a luz al mundo de las cosas en el acto de nombrarlas. El verbo posibilitó el primer encuentro del hombre con el mundo exterior. Él le permitió al hombre experimentar su mundo a través de la palabra. Sin embargo, la ‘fuerza del espíritu’ del hombre fue la que continuó con el acto de nombrar.

nombra por medio de la palabra leída. Por ello es que:

Se regresa a un cierto vacío que el olvido ocultó o esquivó, que recubrió con una plenitud falsa o mala y el regreso tiene que redescubrir esta laguna y esta falta; de ahí el perpetuo juego que caracteriza estos regresos a la instauración discursiva, juego que consiste en decir por un lado: esto estaba ahí, bastaba leerlo, se encuentra ahí, los ojos tenían que estar muy cerrados y los oídos muy tapados para no verlo y oírlo; e inversamente: no, no es en esta palabra, ni en aquella palabra, ninguna de las palabras visibles y legibles dicen lo que ahora está en cuestión, se trata más bien de lo que se dice a través de las palabras, en su espacio, en la distancia que las separa. (Foucault, 1969, pp. 70-71).

En ese espacio de lo dicho por la palabra se presenta un enlace 'entre' lo explícito y lo implícito de la misma. Así, la palabra le da cuerpo y concordancia al hiato que hay en su propio interior. Por tanto, la palabra, al contener lo que perdura en el tiempo, la presencia y la ausencia, atrapa la vida de la escritura, es decir, su modo de existencia.

La escritura tiene la función de abrir ese espacio del 'entre': el vacío que existe entre cada palabra del texto, para producir el acto de instauración del discurso. Así, pues, la función de la escritura se convierte en la función del discurso, puesto que aquella, al ser práctica y transgresiva, pasa al exterior para desplegarse por toda la malla de la cultura y la sociedad hasta configurar los múltiples espacios como puntos funcionales del conocimiento, de la teoría.

Discurso y poder

El discurso ocupa el espacio de modo tal que se exterioriza extensivamente y se desplaza intensivamente, es decir, se expande y se despliega dinámica y constantemente por toda la sociedad,

hasta agenciar su modo de existencia.

Dentro de la cultura y la sociedad, el discurso circula y se propaga por una gran cantidad de lugares hasta constituir nodos, a saber, puntos activos y constantes. Esto hace parte de lo que en alemán se denomina *rede*¹³, que si se toma como un extranjerismo, entonces el discurso es una 'red' compuesta de nodos conectados entre sí dentro de la historia de las teorías.

El discurso causa movimientos que afectan y al mismo tiempo crean y configuran otros puntos nodales. Sin embargo, se necesita de una fuerza, de un poder, para lograr transgredir el sistema de redes del campo social. Por tanto, el poder tiene la característica de atravesar todos los modos de existencia de los discursos, los géneros, los sexos, las cosas, las clases, lo cual significa que él (el poder) conforma la vida en tanto que la fragmenta espacial y socialmente.

En efecto, el poder, primero, se asemeja al rasgo de apropiación que expone Foucault sobre el tema del autor: "Por todas partes en donde existe poder, el poder se ejerce. Nadie, hablando con propiedad, es el titular de él; y, sin embargo, se ejerce siempre en una determinada dirección, con los unos de una parte y los otros de otra; no se sabe quién lo tiene exactamente; pero se sabe quién no lo tiene" (Foucault, 1979, pp. 83-84). Y segundo, el poder "[...] no está solamente en las instancias superiores de la censura, sino que se hunde más profundamente, más sutilmente en toda la malla de la sociedad" (Foucault, 1979, p. 79).

● En conclusión

Gilles Deleuze, en el diálogo que sostiene con Michel Foucault sobre el tema de 'los intelectuales y el poder'¹⁴, señala lo siguiente:

¹³ En francés sería: *discours*, y en español: *discurso*.

¹⁴ Este diálogo se realizó en 1972, es decir, tres años después de la conferencia dictada por Foucault en la Sociedad



Para nosotros el intelectual teórico ha dejado de ser un sujeto, una consciencia representante o representativa. [...] ¿Quién habla y quién actúa? Es siempre una multiplicidad, incluso en la persona, quien habla o quien actúa. Somos todos grupúsculos. No existe ya la representación, no hay más que acción, acción de teoría, acción de práctica en relaciones de conexión o de redes (Foucault, 1979, p. 78).

Esto fundamenta el giro de la escritura contemporánea, pues esta tiene que ver con los nuevos modos del discurso y las nuevas relaciones de teoría y práctica. Dichas relaciones son cada vez más sectorizadas y divididas. "Por una parte una teoría es siempre local, relativa a un campo pequeño, y puede tener su aplicación en otro dominio más o menos lejano" (Foucault, 1979, pp. 77-78), lo cual significa que entre teoría y práctica, vale decir autor y obra, no hay identidad, pues ambos se encuentran fragmentados dentro del campo de la historia del conocimiento.

Sin embargo, la teoría de un autor "[...] es exactamente como una caja de herramientas" (Foucault, 1979, p. 79), de la cual se sustraen los elementos necesarios en los momentos más adecuados y a veces en los menos oportunos. Esto también hace parte de los principios de la escritura contemporánea, a saber, el buen o mal uso o funcionamiento de las obras y de las teorías de un autor por parte de él mismo o de otros teóricos. En síntesis, según Marcel Proust:¹⁵ "[...] tratad mi libro como un par de lentes dirigidos hacia el exterior, y bien, si no os sirven, tomad otros, encontrad vosotros mismos vuestro aparato que es necesariamente un aparato de combate" (Foucault, 1979, pp. 79-80). Así, pues, la escritura en tanto función de poder, al igual que el libro, se exterioriza para desplegarse combativamente en el campo de la historia de los conocimientos hasta el punto de instaurar un discurso que ordene el mundo de los pensamientos.

Francesa de Filosofía y que se intitula "¿Qué es un autor?"
15 Citado por GillesDeleuze en el diálogo con Foucault sobre el tema de 'los intelectuales y el poder'.

● Referencias

- Benjamin, W. (1967). Sobre el lenguaje en general y sobre el lenguaje de los hombres. En: *Ensayos escogidos*. (pp. 89-103). Buenos Aires: Editorial Sur
- Deleuze, G & Claire P. (1997). *Diálogos*. (Trad. José Vásquez Pérez, Valencia). Pre-Textos, 2ª ed. pp. 141-166.
- Derrida, J. (1989). Fuerza y significación. (pp. 9-46.). En: *La escritura y la diferencia*. (Trad. Patricio Peñalver). Barcelona: Editorial Anthropos.
- Derrida, J. (1999). "El tratamiento del texto. Entrevista con Béatrice y Louis Seguin", en: *No escribo sin luz artificial*, traducción de Rosario Ibáñez y María José Pozo, Valladolid.
- Foucault, M. (1969). *¿Qué es un autor?* Conferencia, Sin más datos.
- Foucault, M. (1979). Los intelectuales y el poder. Entrevista Michel Foucault-GillesDeleuze. En: *Microfísica del poder*. 2ª ed. (pp. 77-86.). Madrid: Editorial La Piqueta.
- Foucault, M. (1968). Capítulo IV: Hablar En: *Las palabras y las cosas*. (Trad. Elsa Cecilia Frost)(pp. 83-97). Argentina: Siglo XXI.
- Hegel, Georg W. F. (2002). *Lecciones sobre la historia de la filosofía*. (Trad. Wenceslao Roces). (pp. 8-96). México: Fondo de Cultura Económica.
- Heidegger, M. (2008). Primera parte: El hilo conductor entre las lecciones. En: *¿Qué significa pensar?*, (Trad. Raúl GabásPallás). (pp.75-109). 2ª ed. Madrid:Trotta.
- Kant, I. (1998). Prólogo de la segunda edición. En: *Crítica de la razón pura*. (Trad. Pedro Ribas). 15ª ed. Madrid: Alfaguara



Lacan, J. (2002). Símbolo y lenguaje como estructura y límite del lenguaje psicoanalítico. En: *Escritos 1*, (Trad. Tomás Segovia). (pp. 255-278). Argentina: Siglo XXI.

Nietzsche, F. (1978) Segunda parte: De los poetas. En: *Así habló Zaratustra*. (Trad. Andrés Sánchez Pascual). (pp. 125-215). 5ª ed. Madrid: Alianza Editorial

Nietzsche, F. (2000). Capítulo III: Introducción teórica sobre la verdad y la mentira en el sentido extramoral. En: *El libro del filósofo*.(pp. 85-108). Madrid: Taurus.

Nietzsche, F. (2002). Tratado tercero: ¿Qué significan los ideales ascéticos? En: *La genealogía de la moral* (pp. 111-186).(Trad. Andrés Sánchez Pascual). 8ª ed. Madrid: Alianza Editorial. 1984